

¿Cómo murió el general Urbiztondo?

por

Fernando de América

*A don José de Múgica.
Cuartillas abiertas.*

He leído con mucho gusto su artículo.

No soy un investigador voluntario de los que a usted complacería, y a los que invita, ni aunque lo pretendiese con un cartel de letras grandes, que dijese "modestísimo"; pero en mi larga vida he investigado en algunas ocasiones "involuntariamente".

De este asunto "Urbiztondo", por circunstancias y relaciones, no buscadas, sé algo de interés.

* * *

Al ir con mi padre a Valladolid para que yo cursase la carrera de derecho, 1882-1887, reanudó una buenísima y cariñosa amistad de sus años jóvenes con don Joaquín Tagle, de origen montañés, su condiscípulo y contemporáneo. Con Tagle estaba casada en segundas nupcias una señora Micaela Ostolaza —su apellido señala procedencia vascongada, pero era también santanderina—, con ellos vivía su hija, del primer matrimonio, que le llamaban sus amigos María Tagle, por el extraordinario cariño paternal que le profesaba su padrastra. Tenía algunos años menos que yo.

Familia de buena posición, habitaban una casa de las mejores de alquiler de Valladolid, entonces recientemente construída, situada, en la calle de Santiago, al final y a la izquierda en dirección al "Campo Grande" (todavía se conserva sin muchas reformas).

Muy sociables, gente de "mundo", muy afectuosos, nos convidaban frecuentemente a comer.

En uno de aquellos cafés-sobremesa encantadores, 1883-1886, en los que se departía simpática y largamente, la señora Ostolaza de Tagle descolgó de una panoplia una espada; nos la mostró de cerca. Entregada a nuestras manos como para que tanteásemos su temple o viésemos el arte de sus líneas y adorno. Pero sin proponérselo en aquel momento.

No en términos, ni con acento sigilosos de quien revela un secreto íntimo de familia, pero sí con los de gran interés que despierta el enseñar un arma que podía pasar a la Historia en un episodio de tradición admitida públicamente hacía años, nos dijo con naturalidad: —La espada con que se dió muerte al general Urbiztondo...

Muchacho ávido de impresiones, me emocionó... se me grabó en la memoria... No lo olvido.

Más nos dijo la señora Ostolaza de la procedencia familiar y de quién ciñó la espada; pero de estos extremos no recuerdo el contenido (1).

Sin embargo me queda la impresión —no asegurada— de que el nombre que nos citó del propietario de la espada no era de ningún personaje de primera importancia entre los que jugaron en aquellas historias españolas.

* * *

La tradición de aquella época era bastante añeja para poder estar cuajada, consolidada, y no que no tuviese más fondo que un rumor, el comentario impreciso de unos días, noticia preferente el lunes y el domingo olvidada. Y suficientemente moderna para que las interpolaciones arbitrarias y la confusión que produce el tiempo con los muy largos años hubiesen esfumado, borrado los contornos firmes de su origen a los veintiséis de nacer. No llegaba su "edad" a una generación.

De modo que hacia 1884 vimos y palpamos la espada con la que dieron muerte al general Urbiztondo, según nos manifestó una señora que —sin ningún prejuicio, ni darle demasiada importancia— la conservaba y que le había llegado de sus familiares.

* * *

Desde niños con ama fuimos amigos fraternales Gabriel Martínez de Aragón y yo. Transcurrido el tiempo, no políticos, sino personales; entre otras razones porque se puede juzgar de mi afición política al saber, como es cierto, que no he sido jamás ni candidato a candidato a concejal, o diputado provincial en mi prolongado vivir.

Gabriel Martínez de Aragón era nieto, por su madre doña Pilar, del general Urbiztondo y sobrino del general don Antonio de

(1) He averiguado quién es el heredero de la repetida espada identificada. El recuerdo familiar se ha perdido.



GENERAL URBIZTONDO

Andía, casado, que estuvo, con otra hija del Capitán General, doña Ramona.

Aragón era incapaz de engañarme, ni decir una cosa por otra por ningún motivo ni concepto; por verídico y en virtud de nuestra amistad confiada; y mucho menos —si esto no es redundancia— siendo innecesario por todos estilos.

En nuestros gratos paseos campestres y conversaciones de edad madura, muchas veces, cuando venía a la plática el caso de Urbiztondo me repitió siempre: —¡Ya ves lo que son las “cosas” extrañas!; mi tío el general Andía, hijo político y ayudante de campo de mi abuelo Urbiztondo, siempre que he hablado con él, me aseguraba contra corriente y terminantemente: —A tu abuelo, no lo mataron en Palacio, sencilla y “contudentemente” porque, *yo mismo*, le ví morir en su casa, en su cama y de pulmonía...

Veamos quién era el ayudante de Urbiztondo y qué relaciones tenía con su sobrino. Don Antonio fué hombre chapado a la anti-gua, honorable, de palabra —yo traté a esa simpática figura de elegancia física y cordura espiritual y moral— serio, sin dejar de ser amabilísimo; con cariño paternal, hacia su sobrino, cuyos padres murieron muchos años antes que Andía, y, al mismo tiempo tratabanse como compañeros, pues Gabriel Martínez de Aragón, por sus estudios y carácter y haberse casado muy joven, tuvo pocos años de niñez y juventud. Pronto se vió en él al hombre. Así le consideraba su tío en general: su confianza de parientes era íntima y de hombres. No pudo engañar a su sobrino y muchísimo menos —si esto cabe— que lógicamente en sus decires, ocultación o simular —si mal se le suponen— no podían influir, a los cincuenta años de realizados los hechos, apasionamientos agudos, vehemencias trasnochadas, responsabilidades supuestas, ya exageradas y enfermizas. La madre Historia los archivó, con todo, serenamente hacia medio siglo y así quedaron despojados de las violencias insensatas a que pudieron entregarse de obra, palabra o pensamiento sus actores y espectadores al día. El hijo político de Urbiztondo fué sincero. No pudo menos de serlo con su sobrino Gabriel Martínez de Aragón, a quien andando los lustros llamó a Madrid, como a su mayor cariño, para que piadosamente cerrase sus ojos.

El colmo de la discreción, en este plano, hubiese sido “callar” —no tenía obligación de narrar— por eso, precisamente, nunca derecho a “mentir”. Y Andía fué franco. Era honorable. Dijo verdad.

* * *

Y aquí parece que se ponen frente a frente; que son contradictorias la versión popular tradicional, confirmada por el matrimo-

nio Tagle Ostolaza, y la versión ocular y de familia sostenida por el testigo de mayor excepción general Andía.

Y son datos incuestionables: a la señora Ostolaza llega de manos de antepasados una espada con una "ejecutoria" y una "ejecución" tradicionales.

El general Andía, un hombre de honor, caballero en sano juicio y sin necesidad de faltar a la verdad, aseguraba que, *él mismo*, vió morir al general Urbiztondo en su casa, en su cama y de pulmonía...

Estas dos versiones ¿son contradictorias realmente? No. No sólo creo que no lo sean, sino que resultan complementarias.

Tenemos cabos seguros, que con un poco de imaginación serena, nunca desbordada cayendo en la fantasía; y con algo de buen sentido se puede explicar lógicamente y alcanzar el nudo de donde esos cabos proceden: el enigma. —Dejándonos de intimidades particulares, fuera de Palacio, casi imposibles de observación—: impresión Altadill.

Si tiene usted paciencia, señor de Música, lea la narración que escribo, pero que yo no redacto porque me la dictan los hechos, la lógica y el buen sentido —no por ser mejor el mío— sino el corriente y general y verá, en conjunto, su verosimilitud decidida:

En el floreteo con punta desnuda que fino y trágico se jugó en el Palacio Real, aquella infausta noche, entre los que defendían y los que intentaban forzar la puerta de la cámara regia de doña Isabel II, fué "tocado" el general Urbiztondo. Hombres que se peleaban con pasión, pero que no eran canallas, sino valientes de guante blanco, no mancharon sus espadas con estocadas sucias y bajas; caballeros que sabían esgrimir sus armas, no necesitaban, para dejar un contendiente fuera de combate, atravesarlo con su espada de parte a parte como se atravesan con alfileres las mariposas.

La herida de Urbiztondo debió ser alta y al pecho. Sin saña y poco profunda; resultado más que de viles rencores, de dos órdenes del día contrarias.

Entre gentes de honor, al saltar la sangre del general Urbiztondo, brotó la caridad aun en los ánimos enconados de hombres enemigos. La lesión atendida en los primeros momentos, oportuna, aunque rápidamente. Lo llevaron a su casa.

Con el fervor en aquellos tiempos por la monarquía y la devoción hasta la muerte hacia los soberanos, se sacrificaron todos hasta la renuncia, durísima "¿quién tenía razón?"

Sellaron sus labios, el primero el general herido, porque a instituciones y Reyes no se enturbiasen lo más mínimo sus prestigios inviolables en posibles tertulias, corrillos, porterías, mentideros de la Corte, entonces tan pequeña.

Urbiztondo llamó a su médico, militar muy probablemente, y con su influencia disciplinaria rajante y mando casi omnímodo de Capitán General ex-Ministro de la Guerra, le exigió, al subalterno, palabra de honor, antes de poner sus manos en la curación, de no revelar a nadie, ni por nada, nunca, jamás, el origen de su mal.

Este ayudó a conservar el secreto provocando, como incidente patológico, la pulmonía, más que natural con la premura de los primeros auxilios incompletos en aquella época y efemérides.

Por eso, muchos años más tarde pudo repetir, verazmente, el veraz General Andía, rotundo y terminante, que a su suegro, al general, "él mismo" le vió morir en su casa, en su cama y de pulmonía...

Lo que se escapó de por vida a la perspicacia de Andía —quizá con el disgusto, nublada— fué el adjetivo de la pulmonía.

¡Traumática!

* * *

¿Cómo murió el general donostiarra Urbiztondo?

En mi insignificante pero convencida opinión: En su casa, en su cama, de una pulmonía traumática a consecuencia de una herida no profunda en el pecho, recibida hacía pocos días, en un encuentro, en el Palacio Real de Madrid.

Si tiene satisfacción con estos renglones y los juzga dignos de publicarse, grande será la de quien se ofrece de usted atento, servidor y amigo.

